

Tras la etapa de la edad del bronce, la ocupación en el área de estudio presenta unas características propias que acabarán por determinar la primera gran eclosión del paisaje antropizado. El momento conocido como edad del hierro, estará marcado por una gran apertura al mundo colonial mediterráneo cuyos contactos comerciales acabarán por conformar una cultura con entidad propia: la cultura ibérica. El desarrollo de factorías fenicias en el área del Estrecho y, sobre todo a partir de mediados del siglo VII aC con la fundación de Ebussus (Ibiza), permitirá la consolidación de las relaciones comerciales que, por vía marítima, se basarán en el intercambio de productos, básicamente bienes de consumo y de prestigio, aportarán nuevos conocimientos técnicos agrícolas (entre ellos los destinados a la obtención de aceite y vino) y cerámicos –introducción del torno, nuevos tipos de hornos...–, y que obtendrán a cambio de varios productos, entre los que nos interesa destacar el mineral de hierro o la galena argentífera.

Sin duda en nuestra zona de estudio, estos primeros contactos se dieron posiblemente en la misma playa de Torre la Sal. Aunque aún no se ha podido demostrar de manera fehaciente la explotación de las minas de hierro de las faldas del Tossal del Mortorum debido a las extracciones llevadas a cabo en épocas recientes, creemos bastante probable que éste fuera el origen de los grandes cambios que se operarán en su entorno.

Las investigaciones que se desarrollan en este importante asentamiento se interpretan como una ocupación *ex novo*, sin conexión con la fase precedente del bronce, al parecer muy arrasado como consecuencia de la nueva planificación del asentamiento de carácter protourbano, formado por calles y “...viviendas pluri-compartimentadas.” (Aguilella, Miralles, Arquer, 2004-2005, 141). Pero lo más interesante es la línea de investigación seguida por estos investigadores, basada en los aspectos socio-culturales y de especialización económica; la teoría presentada por el equipo de Gustau Aguilera tiene sin duda unas particularidades propias que repercutirán en la interpretación del paisaje del momento y que podrían explicar ciertos aspectos constatados por las prospecciones y excavaciones que hemos realizado, si bien únicamente la continuación de las investigaciones podrán confirmar o desmentir esta estrategia de marcado carácter industrial y comercial.

En primer lugar, a partir del registro material –cerámica a mano acompañada de un alto índice de importaciones fenicias, así como de objetos metálicos– y de las características constructivas y defensivas del lugar, se plantea que los habitantes del Mortorum formarían una comunidad foránea, aunque no necesariamente de origen semita, que se establece en el cerro con la finalidad de “...promover y mantener el proceso de extracción mineral destinado a abastecer la demanda fenicia...” (Aguilella, Miralles, Arquer, 2004-2005, 141), con lo que se pondrían en explotación por vez primera las minas de hierro y galena de la zona. Así pues, se constituirían como una élite directora de los trabajos que, “...bien pudieran ser cumplidos mediante la aplicación de acciones coercitivas, bien mediante la participación como intermediarios de otras élites o jefes locales...”, usando la mano de obra de los asentamientos del valle para las tareas de extracción y transformación del mineral, así como para su traslado hasta la costa desde donde se embarcaría “...en dirección a alguna colonia fenicia, con toda probabilidad hacia Sa Caleta en Ibiza.” (Aguilella, Miralles, Arquer, 2004-2005, 141).

Esta hipótesis, sin lugar a dudas muy atractiva, no está exenta de problemas derivados de su difícil contraste a través del registro arqueológico. Con los datos conocidos hasta la fecha, efectivamente, coincidimos en que el asentamiento del Mortorum debe ser el punto de control de una nueva actividad, la explotación de las minas de hierro de sus laderas y probablemente de las de galena de la fuente del Campello, dando como resultado el establecimiento de un nuevo modo productivo derivado de los contactos comerciales fenicios. Coincidimos igualmente en que el punto de contacto inicial cabría situarlo en la playa de Torre la Sal, llegando a crearse un núcleo estable de hábitat que acabará por desembocar en una verdadera ciudad comercial en un momento final del periodo ibérico.

En lo concerniente a los lazos establecidos entre el grupo foráneo dominante y las gentes que pueblan el valle, a la vista de los datos actuales, creemos que es difícil demostrar la existencia de unas relaciones, sean obligadas o pactadas, que implican el aprendizaje de una actividad nueva que

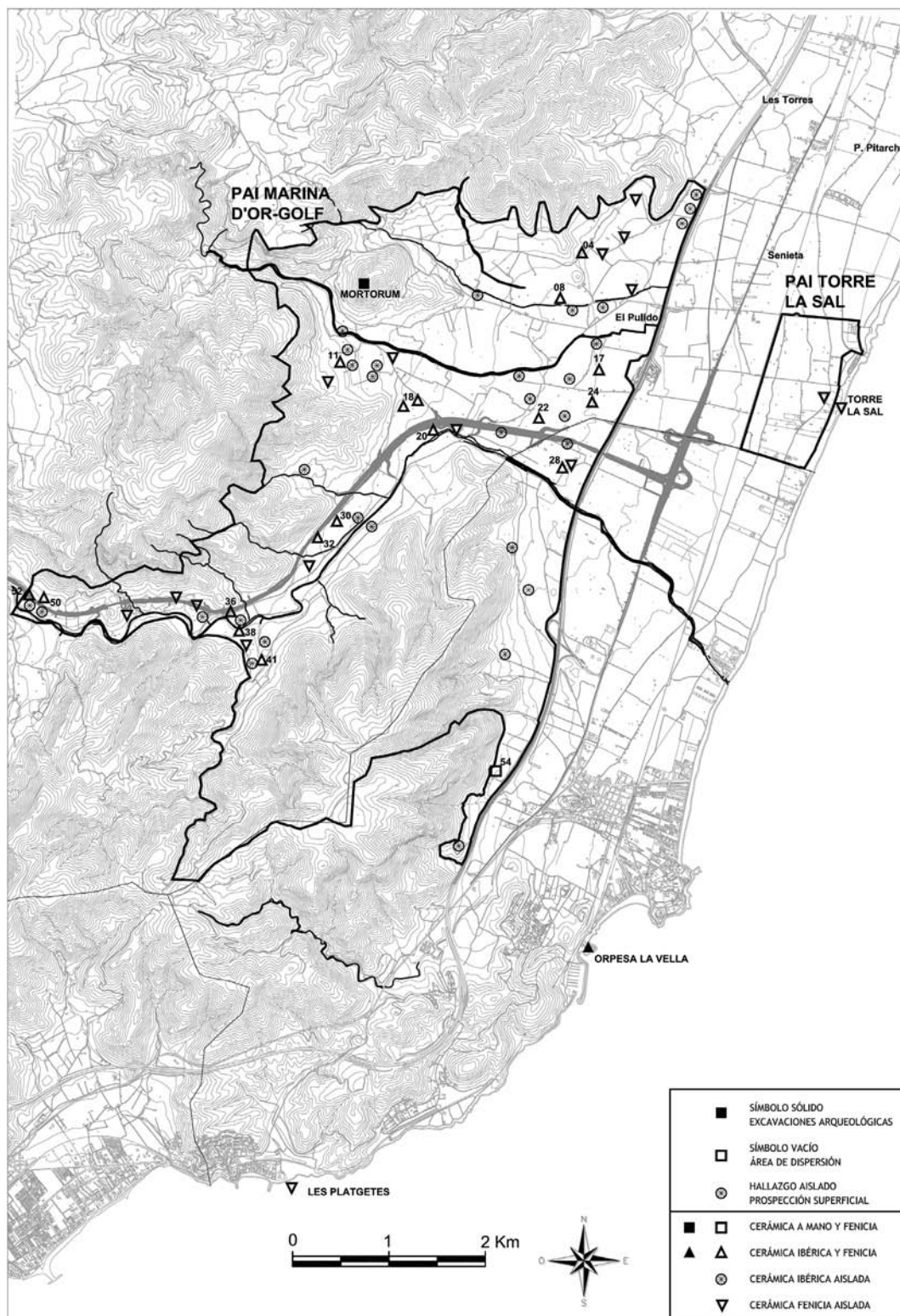


Figura 1. Localización de las dispersiones y yacimientos de la edad del hierro e ibérico antiguo.

abocará en una especialización del trabajo de extracción y transformación del mineral, así como en un reparto de la riqueza, bajo el control de una élite local que actuará como intermediaria. No obstante, el registro actual manifiesta una gran densidad de áreas de dispersión en las que las importaciones fenicias, siendo importantes, parecen más evolucionadas que las documentadas en el Mortorum, apareciendo normalmente asociadas a cerámica ibérica a torno, con lo que probablemente, la verdadera ocupación y puesta en explotación del llano se produzca en un momento inmediatamente posterior al abandono del asentamiento del Tossal del Mortorum, quizá durante la primera mitad del siglo VI aC (Fig. 1).

Sin duda, este asentamiento constituye el motor de la evolución en la transformación de la zona, junto con el punto de intercambio comercial en la costa de Torre la Sal; pero para evaluar las relaciones de dependencia y de control, deberíamos constatar en primer lugar la explotación minera durante esta fase y su duración efectiva. Creemos plausible que los primeros trabajos, por otra parte muy especializados, los efectuara la comunidad asentada en el cerro; ésta actividad, ligada al intercambio comercial, generará una riqueza que se manifiesta a través del registro arqueológico con la presencia de bienes de consumo de lujo como el vino, aceite, herramientas fabricadas con hierro, exóticos objetos de adorno, etc. Estos signos de ostentación, traducen en realidad la paulatina adaptación de nuevos hábitos y permiten intuir nuevas dependencias de tipo social/laboral, destinadas a satisfacer la demanda de ese nuevo mercado que acabará por generar una especialización del trabajo, empleando a una mano de obra que se asentará en el llano, y parte de ella podría haberse dedicado a la obtención y transformación del nuevo producto, que seguiría controlado por la comunidad asentada en el cerro, quienes ahora se convertirán en una élite que reservará para sí las tareas de gestión e intercambio comercial. De existir esta dinámica social, un paso lógico podría ser el traslado de la nueva élite enriquecida a un punto más cómodo ubicado en el llano, o más probablemente, al punto de la playa en el que se realizan las transacciones comerciales. Después de todo, mantener el hábitat junto a la zona de trabajo, cuando éste es desarrollado por terceros, no refleja el estatus adquirido; en cambio controlar la producción y, especialmente durante la época del año en la que no se navega, tener la capacidad para transformar y almacenar el producto resultante en el punto en el que se realizarán los intercambios, podría llegar a explicar incluso el nacimiento del asentamiento de Torre la Sal.

Obviamente, para probar esta hipótesis, las futuras investigaciones deberían comprobar no solo la explotación minera durante el momento de ocupación del Tossal del Mortorum, sino también si se mantiene la explotación con posterioridad a su abandono, y si se manifiesta en la fase inicial de Torre la Sal o en otro de los asentamientos que aparecen en el llano.

Por otra parte no podemos descartar que la ocupación del área que estamos analizando se produzca movida por otra dinámica, por ejemplo de corte agrícola y que las importaciones fenicias detectadas constituyan el reflejo de un comercio activo a cambio de los productos generados; así, la introducción de nuevas técnicas agrarias, aparejadas a nuevas herramientas en hierro, se traducirían en un aumento de la puesta en cultivo de tierras a lo largo del llano. Debe tenerse en cuenta que en abundantes asentamientos del País Valenciano se ha constatado claramente la producción de vid y del olivo, seguido de la higuera y otros cultivos como el almendro, la granada y puede que incluso el manzano (Grau, 2003, 65).

Sea como fuere, de momento el registro arqueológico viene a demostrar que en toda el área de estudio se produce una eclosión manifiesta sobre la ocupación del territorio, lo que implicará la primera gran transformación destinada a la apertura de nuevas tierras de cultivo que permitan la subsistencia del grupo, si bien de momento no disponemos de datos suficientes como para aproximarnos al tipo de explotación, ni podemos evaluar su incidencia directa sobre el medio de ese momento. A pesar de ello, las prospecciones de campo revelan un aumento en el número de dispersiones de materiales cerámicos asociados a producciones fenicias e ibéricas (Fig. 1); así, además de la clara constatación del hábitat del Mortorum durante la segunda mitad del siglo VII aC y la primera mitad del siglo VI aC, se puede añadir el primer núcleo inicial de Torre la Sal como zona de intercambio durante el siglo VI aC (Oliver, Gusi, 1991; Clausell, 1995), documentándose también algunos restos de materiales durante las prospecciones que se podrían adscribir con reservas a este periodo de transición: en las dispersiones identificadas en El Tancat y El Coniller II, se recogieron fragmentos de cerámica a mano y fenicia asociados a la presencia de escoria de hierro, si bien la existencia de

materiales pertenecientes a épocas posteriores no nos permiten asegurar esta asociación con la ocupación final del asentamiento del Mortorum.

A partir de este momento, bien como consecuencia directa de la explotación minera, bien como una explotación de corte agrario que busca obtener excedentes para satisfacer la demanda comercial, o más probablemente una combinación de ambas, surgen hasta un total de diecinueve áreas nuevas en las que se han documentado abundantes fragmentos cerámicos ibéricos asociados a importaciones de ánfora fenicia, además de otros muchos puntos aislados con escasos fragmentos que constituyen indicios, cuando menos, de frecuentación del lugar, todos ellos adscritos a este momento inicial del siglo VI aC. Sin duda llama la atención la distribución en la ocupación del territorio de estos hallazgos que siguen una clara orientación norte-sur, siguiendo el eje de comunicación principal conocido como "Camí de la Costa". Este hecho es de gran importancia ya que testimonia el uso de una vía consolidada, en la que la redistribución de los productos procedentes del comercio fenicio desde el área de desembarco de Torre la Sal tendría un papel fundamental. Por desgracia no podemos aportar datos del eje que une éste punto en la playa con el área interior, ya que no se han efectuado prospecciones en el sector intermedio. A pesar de ello, si superponemos las capas de las áreas de dispersión con los ejes viarios actuales, obtendremos coincidencias interesantes que pueden aportarnos datos sobre la ocupación y transformación del territorio. Así por ejemplo, se observa que las áreas localizadas se extienden a lo largo del barranco de Miravet y se ubican en la vertiente oeste, a solana y en el llano o en la parte baja de las laderas, que es por donde discurriría el eje viario. Estos pequeños núcleos parecen distribuirse siguiendo unas pautas regulares de ocupación, cercanos a las cuencas hídricas y a los ejes de comunicación que ordenan el territorio en este momento. Tanto por el tamaño de las dispersiones, como por su ubicación, parecen constituirse como pequeños núcleos de hábitat de tipo agrícola, con un ámbito de explotación reducido a modo de masías y sin preocupaciones defensivas. Entre ellos destacará el asentamiento de Torre la Sal, que por sus relaciones comerciales se convertirá en un núcleo destacado.

Aunque aún no se han realizado intervenciones en el área en la que suponemos se encuentra el origen del poblado durante las fases del ibérico antiguo y pleno, las excavaciones han permitido documentar algunos fragmentos cerámicos fenicios en los estratos de nivelación de las estructuras del ibérico final. A ello hay que añadir que en el sector 10 de la necrópolis, situado al norte y junto a la vía ibérica, se halla una zona de enterramiento con pequeñas urnas de cremación con materiales que pueden fecharse grosso modo en el siglo IV aC.

El sondeo realizado junto al camino norte permitió la recuperación de seis vasos cerámicos de pequeño tamaño, calzados con guijarros y asociados a restos de ajuar que pueden encuadrarse en un momento temprano de la ocupación del lugar, entre los que destaca la presencia de una falcata decorada con motivos vegetales realizados mediante un nielado de plata. La perduración de la necrópolis, al menos hasta el siglo I aC, configura una adecuación del espacio sacro de enterramiento al noroeste del asentamiento junto a una de las principales vías de acceso al mismo.

Tenemos igualmente otras noticias relacionadas con la aparición de urnas de incineración en algunas de las fincas situadas en el área de estudio y que podrían datarse durante todo el periodo ibérico. Así por ejemplo, se mencionan las fincas "...de D. Manuel Pitarch, Tárrega, Más d'en Queixa, Les Torres, El Pulido, El Confit y La Senieta." (Oliver, 1981, 212), algunas de las cuales hemos podido identificarlas. Finalmente, hay que hacerse eco de la noticia ofrecida por Ferran Arasa sobre la aparición de "...incineracions ibèriques en la zona del Tanca..." (Arasa, 2001, 92) recogiendo la nota de Francisco Esteve, quien al mencionar los hallazgos arqueológicos en la zona dice que aparecieron "...tres (urnas) en el Tanca, pero aquí habría bastantes más, porque también aparecieron tiestos de otras..." (Esteve, 1989, 105). Esta dispersión de áreas de enterramiento no solo confirma algunos de los asentamientos conocidos sino que además amplía su distribución a lo largo del eje norte-sur del "Camí de la Costa".

Obviamente desconocemos los aspectos intangibles del proceso seguido desde el momento de la muerte del individuo hasta los actos posteriores al enterramiento. Así por ejemplo, no se conocen datos sobre la organización del acto fúnebre en sí mismo, como el tratamiento y traslado del cuerpo, cortejo fúnebre, aspectos rituales como danzas y duelos, banquetes fuera del recinto sacro de la necrópolis, posibles actos litúrgicos como ofrendas, libaciones, oraciones, duración de los actos, etc. Podemos suponer la realización de ritos preparatorios similares a la *prótesis* (tratamiento

del cadáver) o la *ekphora* (traslado del cuerpo) griegos pero únicamente se conocen las noticias de Diodoro y Apiano sobre los funerales del general Viriato, cuyo cadáver fue preparado con su mejor atuendo y armamento y se quemó en una pira mientras se realizaban danzas, cánticos y doscientas parejas realizaron combates de púgiles. Obviamente este ejemplo es excepcional en sí mismo y el ritual no se daría en el resto de la población. De hecho se nos escapan los datos que no pueden constatarse a través del registro material conservado, si bien gracias a su documentación y estudio, podemos acercarnos a muchos otros aspectos que de otro modo se habrían perdido para siempre.

Así, sabemos que el cadáver era quemado sobre una pira funeraria, dando lugar a dos tipos de enterramiento: la cremación primaria o *bustum*, cuando el difunto, con su ajuar, se entierra en el mismo lugar de la cremación; y la cremación secundaria, que es aquella en la que el difunto es quemado en el *ustrinum* (área de dimensiones y formas variadas sobre la que se monta la pira funeraria) y tras ello, parte de sus restos (de huesos cremados, cenizas, fragmentos u objetos del adorno personal como los complementos de la vestimenta,...) son trasladados hasta el lugar de deposición final, el *loculus*, agujero realizado dentro de la necrópolis como parte del ritual.

Este proceso da lugar a un gran número de variantes que, en determinados casos, son producto de momentos cronológicos concretos y de aspectos regionales definidos, si bien todos ellos tienen en común el acto de la cremación y la cubrición final de los restos. Estas diferencias en el rito no son exclusivas unas de otras y podemos encontrar varias combinaciones en una misma necrópolis. Así, una de las más perdurables y repetitivas (desde el siglo VII a.C.), se centra en la deposición de los restos dentro de recipientes cerámicos de diversos tipos y tamaños (desde urnas de cierre hermético hasta ánforas, pasando por grandes tinajas, tinajillas, *lébes*, etc.). Los restos depositados dentro de estos recipientes pueden haber sido recogidos sin realizar una clasificación previa (por lo que aparecen mezcladas las cenizas con restos de huesos cremados, fragmentos de objetos, etc.) o bien se ha procedido a una selección previa de los restos, e incluso se ha podido realizar una *lavatio* de los huesos antes de su deposición final. Por lo general, alrededor del vaso funerario situado ya dentro del *loculus*, se depositaban diversos objetos que constituían el ajuar funerario: armas, vasos, objetos personales, así como otros elementos perecederos que no se han conservado.

Para el periodo del ibérico pleno se conocen igualmente algunas importaciones áticas que han sido datadas entre los siglos V y IV aC (Oliver, 1990-1991; Rouillard, 1991) si bien aparecen en el área de la playa de Torre la Sal y fuera de contexto, mientras que la fase del siglo III aC, aunque aún no comprobada en la propia área de hábitat del asentamiento, la hemos podido documentar en sendos basureros excavados en Costamar, así como en las estructuras documentadas en el Mas de la Marquesa III.

Analizando las dispersiones identificadas durante los trabajos de prospección, parecen intuirse una disminución en el número de áreas del periodo pleno con respecto al periodo antiguo, si bien este hecho puede ser producto de la mayor o menor localización de fósiles guía que permitan afirmar la perduración o el abandono de los núcleos de hábitat anteriores, sí parece constatarse un aglutinamiento de la población, quizás en los núcleos principales como Torre la Sal, además de constatarse ahora las primeras ocupaciones con fines estratégicos como serán las atalayas del castell de Miravet, controlando el interior del paso natural, o la del Campello, sin olvidar la reocupación de Orpesa la Vella durante este mismo periodo.